

Catálogo

Hoya de Huesca

Somontano

Los Monegros

Santa María

la Real fundación

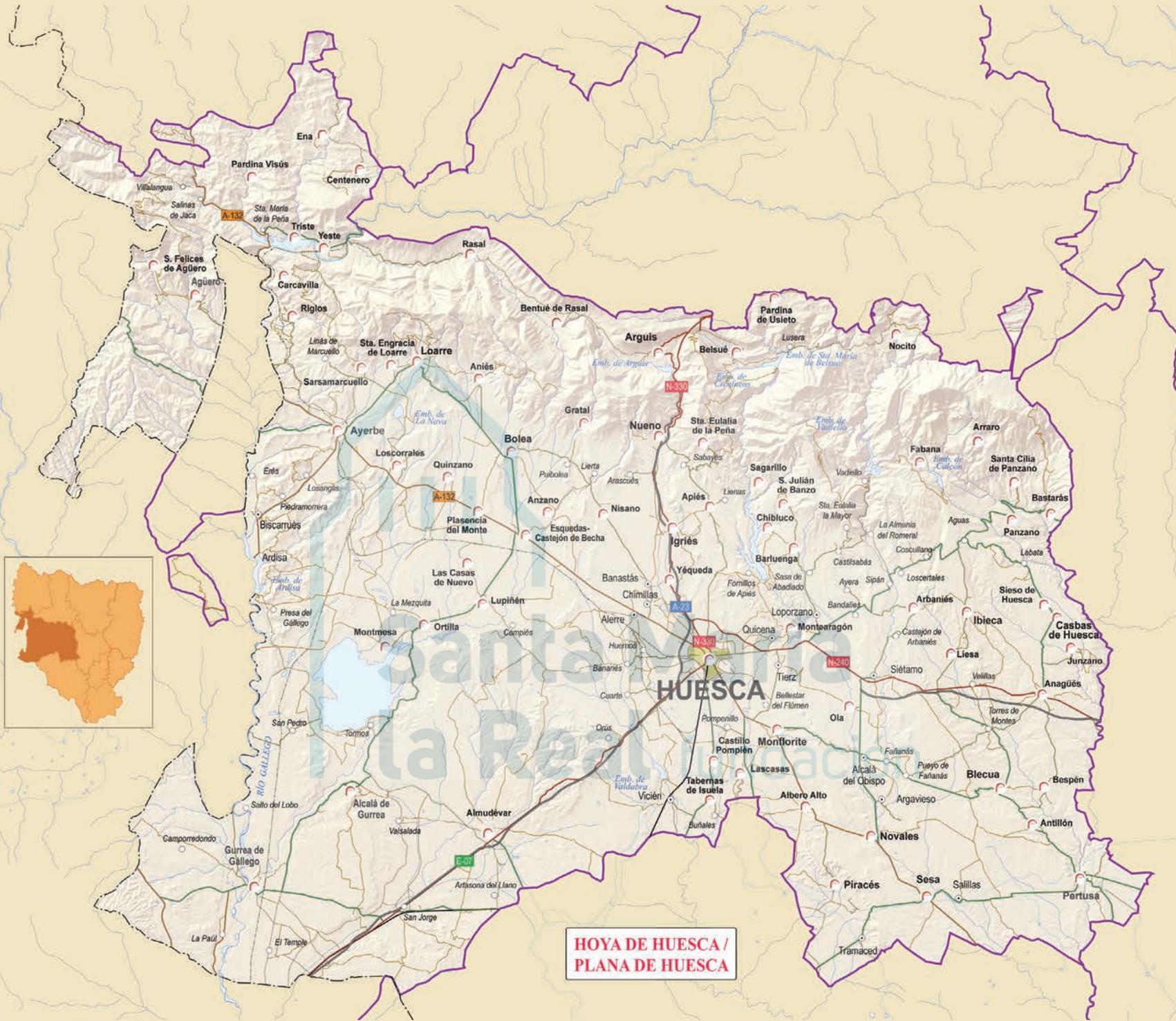


Santa María
la Real fundación

Hoya de Huesca



Agüero	Lupiñén
Alcalá de Gurrea	Montflorite
Almudévar	Nisano
Aniés	Nocito
Anzano	Novales
Apiés	Nueno
Arbaniés	Ola
Arguis	Ortilla
Ayerbe	Panzano
Barluenga	Pertusa
Bastarás	Piracés
Belsué	Pompién
Bentué de Rasal	Quicena
Bespén	Quinzano
Blecuá	Rasal
Bolea	Riglos
Casas de Nuevo, Las	San Felices de Agüero
Casbas de Huesca	San Julián de Banzo
Castejón de Becha	Santa Eulalia la Mayor
Centenero	Santa Eulalia la Menor (o de la Peña)
Chibluco	Santa María de la Peña
Ena	Sarsamarcuello
Fabana	Sesa
Huesca	Sieso
Ibieca	Triste
Igriés	Yéqueda
Junzano	Yeste
Liesa	
Loarre	Otros Vestigios
Loscorrales	



**HOYA DE HUESCA /
PLANA DE HUESCA**

LA HOYA DE HUESCA

La transición entre las montañosas tierras prepirenaicas y el amplio valle del Ebro está monopolizado, en gran parte, por la conocida comarca de la Hoya de Huesca que comparte montaña y llanura, circunstancia ésta que la dota de unas peculiaridades a la hora de entender su historia. Las zonas forestales del Norte contrastan con las llanuras cerealistas del Sur, todo ello en torno a la gran ciudad que centra la vida en el territorio: Huesca, antaño la segunda capital del reino de Aragón y actualmente capital de la comarca y de la provincia.

Esta circunstancia de ser el espacio que conecta los valles pirenaicos con el corredor del valle del Ebro, ha ido definiendo una auténtica "extremadura" en los primeros siglos de andadura del reino de Aragón donde discutían el dominio los ejércitos cristianos y los musulmanes, los del reino aragonés y los de los señores de Huesca, ciudad que cayó en manos del Islam en fechas muy próximas a su llegada a la península. Ese encuentro, ampliado además por el poso de las culturas godas y carolingias que se habían movido con soltura por este espacio, hicieron que pudieran definirse diferentes ámbitos en función de su legado patrimonial y de su gestión del territorio.

Muy importante ha sido siempre el espacio que conocemos como el reino de los Mallos, un conjunto de tierras y pueblos ubicados al noroeste y atravesados –incluso definidos– por el río Gállego que va en busca de las llanuras de La Sotonera y de la Val de Ayerbe. Históricamente su definición como reino autónomo dentro del reino aragonés, en reconocimiento a la viuda del rey Pedro I, lo convirtió en una unidad singular y de notable peso en el desarrollo del territorio.

Al Noreste nos encontramos con la Sierra de Gratal y de Guara, un espacio de geografía muy difícil que ha logrado englobar importantes santuarios, sin duda lugares con poderes benéficos para la mentalidad de las sociedades que han habitado este territorio. La Val d'Onsera o los valles de Belsué y Nocito se hunden en los primeros momentos de la alta edad media y los contemplamos como definidores de modos de construir y de entender el mundo. Un papel de liderazgo que llevará a convertirlos hacia finales del siglo XIII en un espacio de innovación, espacio que hoy nos permite recuperar su legado artístico y construir un itinerario del gótico lineal a través de las pinturas conservadas.

La llanura está centrada en grandes poblaciones, como por ejemplo Almodévar, y es el espacio por el que se irá avanzando rumbo a Zaragoza entorno al 1100. Paisajes esteparios se alternan con obras hidráulicas para conservar agua, que nos documentan la labor de colonización que llevan a efecto las órdenes militares en el Aragón del siglo XII.

Estamos hablando de 2.525 km² que se reparten en una cuarentena de municipios, en los cuales se han ido integrando 120 núcleos de población que soportan los casi 70.000 habitantes, de los cuales aproximadamente 50.000 residen en la capital oscense. Este hecho dota de gran dinamismo a la ciudad de Huesca, fundación antigua en la que los romanos establecieron uno de los grandes centros de poder en Hispania y en la que el cristianismo asentó una potente diócesis bajo la protección del oscense san Lorenzo.

A principios del siglo XI estos territorios vivieron un momento de pánico notable, no a causa del terror milenario sino como consecuencia de la crisis institucional que sufrió el califato de Córdoba, destruido desde dentro por las rencillas entre las poderosas familias y por los desórdenes que ellos auspiciaron. La desaparición del poder central provocó que fueran adquiriendo auge pequeños estados –a los que conocemos como reinos de Taifas– que fueron vinculándose a ciudades poderosas. Estas tierras pasaron a formar la Frontera Superior de la taifa de Zaragoza, que tuvo que plantearse seriamente los modos para tranquilizar a los poderes que estaban surgiendo al Norte y que en el año 1035 se personalizan como reino de Aragón.

Su primer rey, Ramiro I de Aragón, será la persona que –cuando supere las brutales enemistades con sus hermanos los reyes de Pamplona y Castilla– pueda ocuparse de buscar solución a dos problemas graves de su minúsculo estado: la falta de territorio para cultivar y la falta de espacio para

vivir una población en crecimiento demográfico. La solución la tenía en la llanura que ocupaban los musulmanes, razón por la cual en torno a 1050 ya está ocupado en planificar la expansión y el asalto desde los valles hacia Huesca. En primer lugar por el valle del Gállego que ya tiene, desde tiempos de su padre el rey Sancho el Mayor de Pamplona, una serie de fortalezas controlando el territorio desde las alturas que llevan el cauce del río que viene desde el valle de Tena. Castillos como el de Agüero y, de manera muy especial, Loarre juegan un papel clave como punto de apoyo para estas expediciones. Fue punto de partida y punto de refugio para el ejército, espacio de libertad para los mozárabes que huyan de las poblaciones de la zona, cuando descubra el poder islámico que están trabajando para rendir los pueblos a los aragoneses, en algunas ocasiones con castigos brutales para ellos o sus familias, en el caso de que hayan podido huir.

La ciudad de Huesca, bien alimentada y muy bien protegida con una muralla de la que cantan los poemas sus 99 torres, resiste cualquier agresión aragonesa hasta los años finales del siglo. En la década de 1080, contando ya con el poderoso castillo de Loarre, los aragoneses se atreven a planificar expediciones de castigo que aparecen en el verano y recolectan las cosechas ante la mirada atónita de los musulmanes. Estas operaciones puntuales minaron la seguridad de la sociedad oscense y esta circunstancia provoca, como ha señalado el profesor Laliena, que muchos campesinos de



*Vista panorámica
del entorno de Agüero*

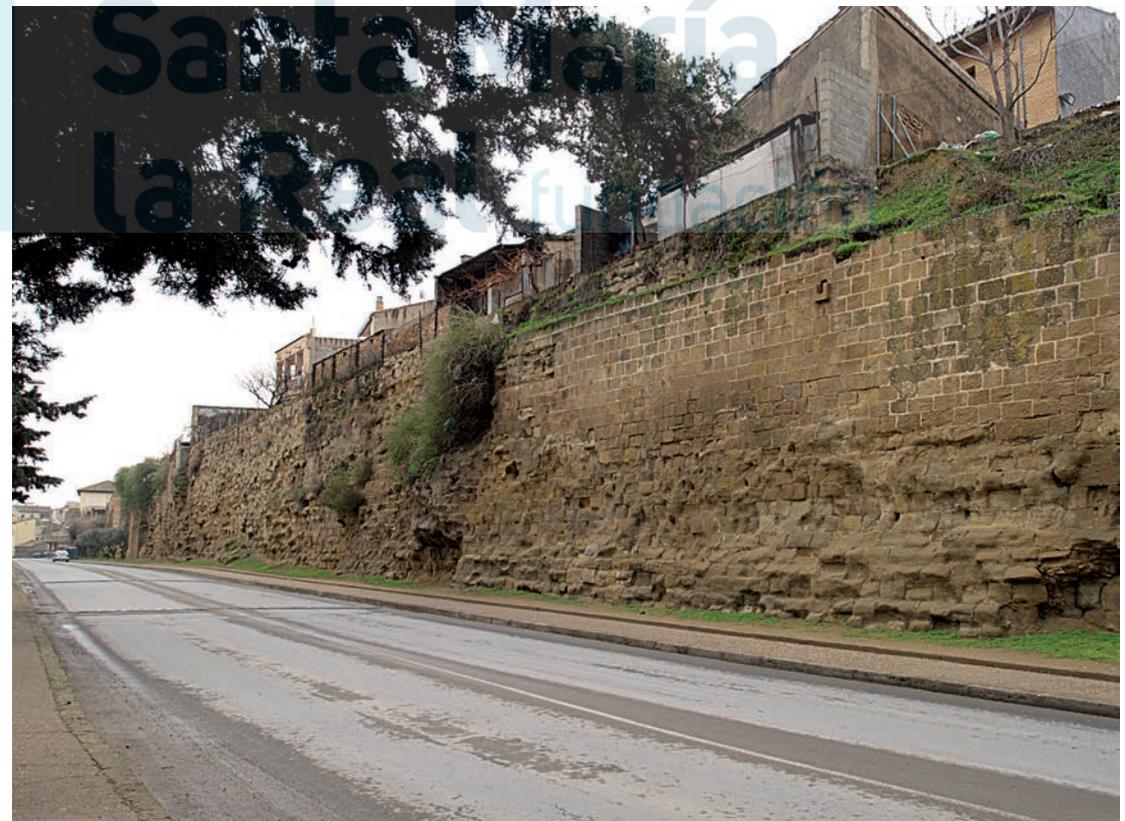
Huesca abandonen la ciudad en busca de nuevos espacios del valle del Ebro, mucho más seguros y en los que sus cosechas no se verán robadas por ejércitos muy armados y cuadrillas muy rápidas y eficaces.

La construcción de Montearagón, el castillo que acaba de cercar a la ciudad de Huesca dejándola sin posibilidad de movimiento, en torno al año 1086 provoca que crezcan los musulmanes que abandonan Huesca y que aumente la inseguridad psicológica de los que se quedan. En esta circunstancia, el gran rey Sancho Ramírez decide comenzar a plantearse el sitio definitivo de la ciudad de Huesca. En 1094 intenta conquistarla, levantando ante ella un poderoso campamento que controla los movimientos de entrada y salida, haciendo imposible cualquier operación estratégica de los gobernantes musulmanes. La mala suerte hizo que un arquero musulmán lograra, en un reconocimiento del rey aragonés frente a la muralla de tapial, clavarle una saeta en el pulmón provocándole la muerte, en un proceso de doloroso ahogamiento. Era el mes de junio del año 1094 y las cosas ya no tendrán vuelta, sobre todo porque el heredero –Pedro I de Aragón– jura a su padre lograr la conquista de la ciudad de Huesca, ante cuyos muros muere.

Poco después, en el otoño de 1096 la ciudad será conquistada y ocupada por los aragoneses, tras derrotar a los ejércitos de Al-Mustain de Zaragoza en la famosa batalla de Alcoraz, en la cual dice la tradición que ayudó a los aragoneses san Jorge que saldrá de la contienda convertido en patrón y protector del reino de Aragón.

La conquista de Huesca supone el avance rápido hacia Zaragoza por las llanuras que rodean a la capital y en las que es necesario organizar toda una ordenación del territorio y de sus recursos. El proceso es rápido y afecta a toda la Hoya de Huesca, puesto que hay que pensar que la última población que se conquista es Bolea y ocurre en 1101. Cuando todo está en manos cristianas, se producen algunos movimientos poblacionales de gran interés.

Por un lado, los musulmanes que pueden emigran (incluso algunos huyeron) desde Huesca a otros parajes dominados por sus líderes religiosos. Por otro, desde la montaña bajan los aragoneses a encargarse de la explotación de las tierras incorporadas, llamados por sus señores o simplemente atraídos por las inmensas posibilidades económicas que se abren, sin olvidar que aventurarse en esta



Murallas de Huesca



Vista panorámica desde las proximidades de la ermita de San Mitiel en Ayerbe

nueva singladura les reportaba una mayor libertad personal. La monarquía ha comenzado el reparto de las tierras entre los dos grandes beneficiarios: la nobleza y la Iglesia, que luchan por hacerse con las mejores tierras. El obispo de Huesca tiene que hacer frente a las apetencias de poderosos monasterios como Montearagón o de iglesias como Alquézar, colisión de intereses que abrirá una época de grandes pleitos que durará hasta avanzado el siglo XIII.

Pero, en este panorama de repartos, pronto se produce un importante cambio cuando la gran nobleza abandona estas tierras y baja a la llanura del Ebro, a Zaragoza, dispuesta a hacerse con propiedades más importantes en ese nuevo marco territorial que abre la conquista de la capital del Ebro en 1118 por Alfonso el Batallador. Se han organizado comunidades señoriales en la Hoya de Huesca, lideradas por linajes importantes que pactan con sus campesinos y artesanos un cuerpo de costumbres locales, algunas veces materializadas en fueros y siempre en el poder de la costumbre. Estas comunidades serán las que acabarán en manos de la pequeña nobleza, en manos de los segundones de las casas que inauguran linajes más rurales y menos vinculados a la corte. Al bajar la categoría de los representantes nobiliarios, cobra mayor protagonismo el alto clero que gobierna abadías como Montearagón o la propia catedral de Huesca, que irá adaptando sus espacios con lentitud a la nueva situación mientras sus canónigos lideran la organización de la nueva sociedad oscense que controlará todo el territorio. Huesca continúa jugando el gran papel de punto de confluencia de las grandes rutas peninsulares que conectan con el exterior, incluso manteniendo el importante camino que iba desde Tarragona hasta Astorga, pasando por la propia Huesca y por poblaciones como Pertusa.

Toda esta situación es la que lidera y hace posible la implantación en las llanuras oscenses del arte románico, importado desde las tierras del Viejo Aragón y consolidándose con imágenes como la del castillo de Loarre. Escribí que es el momento en el que el románico adquiere carta de naturaleza y facilita el nacimiento de los grandes santuarios de la llanura oscense. Es un proceso vivido en etapas, comenzando por los reinados de Sancho Ramírez y su hijo Pedro I, en la segunda mitad del siglo XI, cuando se edifican pequeñas iglesias románicas que hacen presente la profunda vinculación de la construcción de Aragón con el fervor de cruzada predicado por la Santa Sede.

Estas pequeñas construcciones están orientadas, recalcando la importancia del ábside como centro de la liturgia, y forman parte de ese arte funcional, rural, que produce multitud de ejemplos del hacer de muchos artistas locales que siguen las pautas de esas cuadrillas de canteros que se mue-



Castillo de Loarre

ven, enseñando el románico, con obras como la de Loarre o la de Montearagón, donde se conjugan espacios militares y eclesiásticos en perfecta sintonía.

También hay que valorar que este papel de ejemplo no es el único que ejercen estos grandes monasterios fortaleza. Es muy importante entender que el mecenazgo de la mayor parte de estos edificios románicos se debe al interés de estos monasterios, por crear poblaciones y controlar las comunidades que se hacen cargo de la explotación de la tierra. Este mecenazgo tendrá además obras singulares, caso excepcional es el del monasterio de Santiago de Agüero que construye el monasterio de San Juan de la Peña como espacio más cercano al poder real asentado en el valle del Ebro. Esta obra abre una segunda etapa en la que abandonamos la influencia francesa, apostando por lo castellano y, sobre todo, consolidando el arte románico jaqués que se ha convertido en el arte de la corte, en el estilo en el que se expresa el linaje de Ramiro I. No está alejada de esta cuestión la tarea de cristianizar Huesca que asumen los reyes aragoneses, comenzando por atender las necesidades espirituales en la iglesia de Santa María que sacraliza la mezquita y en las necesidades residenciales que les llevan a construir el palacio real de Huesca. Alfonso I aportó la iglesia de las Miguelas y su hermano Ramiro II el Monje amplió el monasterio de San Pedro el Viejo –con un magnífico claustro de 38 capiteles– a la vez que hacía el palacio real en el que viviría su hija la reina doña Petronila de Aragón.

Ramiro II será también el monarca, quizás por su condición de monje y obispo, que difunda la devoción a María en tierras oscenses, hecho que acabará produciendo magníficas tallas como la Virgen de los Ríos de Rasal, la de Agüero, la del Mallo en Riglos, la de Astón en Alcalá de Gurrea, la de Casbas en Ayerbe o la de Salas, de principios del siglo XIII. Todas ellas, muy vinculadas al poder real y sentadas en un elaborado trono con balaustres torneados, definen el tipo de las imágenes oscenses del entorno del año 1200.

Estas imágenes serán las que presidan las iglesias románicas, de arquitectura elemental con nave seguida de cabecera semicircular y con escasa decoración que cuando aparece lo hace en canecillos y en portadas.

Todos estos ejemplos románicos acabarán sufriendo el ansia de modernización que acomete estas tierras en el mundo del barroco, a caballo entre los siglos XVII y XVIII.

Texto: DJBC - Fotos: AGO

Bibliografía

BUESA CONDE, D. J., 1996a; BUESA CONDE, D. J., 1996c; BUESA CONDE, D. J., 2002a; BUESA CONDE, D. J. y CASTÁN SARASA, A., 2006, pp. 173-177; LALIENA CORBERA, C., 2006, pp. 87-99.



Santa María
la Real fundación